







## AIRE

Mientras escucha las noticias sobre la economía, Federico Sánchez se duerme en la hamaca que sigue quejumbrosamente su impulso por inercia, hasta que se detiene.

Era lo último que quedaba por privatizar.

La idea la tenían desde hace mucho tiempo, y la estrategia ya estaba planificada cuidadosamente. Cuando llegó el momento oportuno y se dieron las condiciones necesarias, no dudaron en tramitar la patente e inscribirla debidamente en el registro de la propiedad. Los otros referentes de la telaraña empresarial multinacional, se encargaron de hacer lo mismo en cada país, al poner a funcionar los mecanismos de producción y distribución, preparados desde hacía buen rato. Los gobiernos se lavaron las manos: no tenía nada de malo que el aire se rigiera por el libre mercado, afirmaron.

El aire. Apareció con marcas diferentes para hacerlo competitivo. Graduado según porcentajes de pureza, con su equivalente en precios. Anunciado llamativamente en campañas publicitarias. Parcelado en bolsas plásticas y botellas desechables. Teñido de varios colores para hacerlo más atractivo. Provisto de distintos olores de frutas, agradables a todos los gustos. Para los niños, ornamentado con lazos y dibujos de sus personajes favoritos de cuentos y películas.

¡Pobre aire! El de baja calidad vendido a dos bolsas por un dólar. Rebajado en baratillos y ventas de patio. El aire “*de luxe*” importado de los Alpes, los Urales y los Apeninos,

ofrecido como aire de marca en las “*boutiques*” y en paquetes para ejecutivos. A punto que el último éxito de librería eran los manuales con cien técnicas para hacer el amor con menos oxígeno. Se anunciaban novedades como escafandras irrompibles para los niños y jóvenes hiperactivos, especiales para deportes y aventuras.

El aire privatizado es absorbido por grandes succionadoras que lo procesan y comercializan. Las personas y los animales domésticos autorizados a vivir, portan burbujas personalizadas controladas comercialmente por una filial de la empresa, que además acondiciona casas y edificios como espacios sellados para acomodar el aire que se les compra.

La pena de muerte se realiza simplemente por asfixia y el suicidio es un acto tan sencillo como quitarse la escafandra o la burbuja. Los políticos prometen más aire en sus discursos electorales, y regalan botellitas de aire con los colores de sus partidos para obtener votos. El robo de aire se convierte en el principal delito penado por la ley.

Existe un aire ilegal, que se trafica por todo el mundo pues viene mezclado con drogas y estupefacientes. Los ladrones de aire son los delincuentes más buscados en cada país. Los pordioseros piden una limosna de aire y las cometas que antes revoloteaban en la atmósfera son artículos de museo.

¡Pobre mundo! En los zoológicos, sólo sobreviven sus burbujas ejemplares de las especies silvestres que probadamente consumen menos aire. La superficie de la tierra y los mares están desoladas, saturadas de la contaminación. Los cultivos se realizan con químicos y manipulación genética en esferas especiales, y sólo existen peces criados en estanques cerrados.

¡Pobres pobres! Hacen malabarismos para respirar menos, porque el costo de la vida sube. Perdieron lo único que era gratis, pues el que no-paga no-respira, así como el que no trabaja no come. Se hinchan las mansiones como globos aerostáticos y en cambio, desfallecen las casuchas desinfladas.

Federico despierta de la pesadilla con una sensación de ahogo. Casi no puede respirar. Se levanta y se quita la camiseta mojada de sudor. Todo está en silencio en la habitación. Va al baño y se asea. Se viste y busca algo para desayunar en la cocina. Continúa la sensación de ahogo. Enciende el abanico eléctrico en el nivel más fuerte. Escucha a lo lejos los vendedores callejeros, cuyas voces suenan como el cruzar de espadas: ¡Bollos! ¡Sandías! ¡Pescao! ¡Melones! ¡Prensa! ¡Se afilan cuchillos! ¡Aire, aire barato!

\*

Un jadeo caliente en la cara lo despierta. Es su perro que lo olfatea. Se pellizca los brazos para estar seguro que es de verdad. Se asoma al portal y acaricia al can. Una cometa coloreada cabecea en el azul del cielo.



## EL HACENDADO

El día que la crisis cerró todos los bancos del país, don José Pérez Santos se encontraba en una gira de inspección del lindero norte de su propiedad, una gran alfombra de tierra negra y fecunda, donde brotaban los dedos rojos del café bajo la caricia húmeda del bajareque.

Cuando llegó al pueblo, boquiabierto se enteró de lo sucedido. De la noche a la mañana, su dinero accesible se limitaba sólo al efectivo que tenía en los bolsillos. Le costó mucho comprender que se encontraba inmerso en una súbita y particular pobreza.

El gerente del banco se cansó de explicarle el origen de la medida de cerrar las cuentas bancarias. La drástica acción era causada por las sanciones del gobierno norteamericano, contra los militares que manejaban el país. Impedido de proporcionar una fecha segura de normalización de la actividad bancaria, harto de los improperios y amenazas del hacendado, decidió negarle la entrada al banco, al que había sido uno de los mejores clientes. El agente de seguridad cumplió al pie de la letra las órdenes estrictas del gerente.

Por nueve días y nueve noches, don José se mantuvo en vigilia frente al banco del pueblo. La frente y las manos, en el vidrio de la puerta principal, los ojos fijos en el interior y un mohín de angustia en el rostro. Era la viva imagen de la congoja.



— Todos los ahorros de mi vida. Todo lo que saqué de la última cosecha. Están ahí, detrás de esta puerta, en esa caja fuerte — repetía, a los que entraban y salían del recinto.

Don José se resistía a aceptar lo ocurrido. A él no le podía pasar algo así. Iba a acudir donde sus amigos y compadres, dueños de los negocios del pueblo para que le dieran una mano. Por años se visitaban constantemente para hacer negocios, intercambiar los chismes del pueblo, e información acerca de las niñas que florecían como mujeres vírgenes, para hacerlas víctimas propicias de sus deseos, a cambio de obsequios o dólares. De seguro sus amigos lo esperaban. Total, no todo el tiempo se puede tener la oportunidad de hacer un favor a don José Pérez Santos.

Para su sorpresa, sus compinches como don Chinto López, el gerente del supermercado y la ferretería; don Encarnación Ferrer, dueño de la ferretería; don Alvaro Alba, el propietario de las farmacias; don Fermín Iturralde, socio principal de las gasolineras fueron negándole uno a uno su solicitud de préstamo o de alguna ayudita.

— La crisis es para todos. A nosotros nos pasó lo mismo — exclamaron sus amigos.

Pero él sabía que no era lo mismo. Ellos mantenían sus negocios pues eran concesionarios de grandes empresas, que les otorgaban mercancías y líneas de créditos. En cambio, él no podía hacer otra cosa que esperar la próxima cosecha o vender la tierra, y precisamente eso no estaba dispuesto hacer por ningún motivo.

Estaba solo. Su mujer lo dejó hace una década cuando lo sorprendió en la cama matrimonial, con la hija adolescente de un peón. Sus hijos vivían en la capital y no lo querían ver, por lo que no le sorprendió cuando sus llamadas deposita-

das en los contestadores automáticos, no fueron atendidas, y el mutismo fue la reacción ante los recados que les dejó en sus oficinas.

Sólo quedaba Lucinda, su discreta amante ocasional desde hacía años. Una viuda beata que le abría las puertas y las piernas, y hacía el amor rezando el Magnificat con la vista perdida en un altarcito dedicado a la Inmaculada Concepción. La encontró en el portal a pleno día, lo que sorprendió a Lucinda que sólo conocía de visitas furtivas. Cuando don José le contó su situación ella se rió en su cara, recordándole como en tantos años él nunca tuvo una atención con ella, ni unas flores, o un regalo, ni cariñito alguno, ni orgasmo que no fuera sólo el de él.

Derrotado, se sentó en una banca del parque. Allí lo encontraron los jornaleros que trabajaban su tierra. Los miró y solo les dijo subrayando con los dedos:

— Tengo tres días sin comer.

Los jornaleros se lo llevaron sin resistencia, sin proferir palabra alguna. Por primera vez entró don José a las barracas donde vivían, y también por primera vez probó sus comidas. Productos sencillos, abastecidas por un pequeño huerto que tenían escondido en las propias tierras de don José, y carne de monte cazada en la montaña vecina.

No lo llevaron a la casona donde él vivía, dada la condición por la que atravesaba el hacendado, pero le prometieron cuidarle el fundo sin retribución alguna de forma inmediata.

Claro, a ellos también les afectaba la crisis. La diferencia radicaba en que su crisis se inició desde que nacieron, marcados por el destino de existir debajo de la raya de la pobreza.

Por humanidad, olvidaron el salario miserable y el maltrato recibido por años. En cambio compartieron con el patrón la yuca y la sal, mientras que derrumbado en una mecedora, el poderoso hacendado no tenía fuerzas ni para balancearse.

En esos meses don José no cruzó palabra alguna con sus peones, ni intentó establecer relaciones más directas con ellos. No les preguntó el significado de las palabras de la lengua extraña que hablaban. Ni averiguó nada sobre sus ritos y tradiciones. Tampoco atrajo su atención las noticias e informes acerca de una gran invasión, que escuchó lejamente de una radio de baterías que colgaba de un horcón. Barrios bombardeados que ardían en llamas en la capital. Muertos y heridos. Saqueos y caos.

Desmoronado como estaba semejava un vegetal, sin sentimientos ni pensamientos.

La mañana, una inesperada noticia de la radio si lo sacó de su ensimismamiento. La reapertura inmediata de las cuentas bancarias. ¡Los obstáculos entre su dinero y él habían desaparecido! La energía se disparó a través de su médula espinal. Se puso en pié de un brinco. Desaliñado y barbudo, corrió a campo traviesa y alcanzó la calle principal del pueblo. Al llegar al banco, lo detuvo en la entrada un piquete de soldados rubios mascando chicle, en posición de guardia frente al edificio. Se vio obligado, desfalleciente, a formar una larga fila con otros ansiosos cuenta habientes. Cuando en la ventanilla le entregaron parte de su dinero, se escuchó por primera vez en meses su voz cascada, que celebraba la ocasión mientras su semblante resplandecía. Fue como ponerle a su retrato el marco dorado que se había perdido.

En unos días su vida recuperó el ritmo habitual. Don José volvió a ser lo que era. A caballo recorrió el fundo, indiferente a las miradas de los jornaleros que buscaban en su rostro un pequeño gesto de agradecimiento o complicidad. Nada. Más bien todo lo contrario, pues su mirada, acerada unas veces e inexpresiva las otras, constituía un muro de concreto impenetrable. No encontraron el menor rastro de sensibilidad en el rostro adusto, sino por el contrario, la brutal insistencia – remarcada una y otra vez con el golpe seco de la fusta en las botas encharoladas – de que tenían que romperse el lomo para recuperar el tiempo y su dinero perdido, por culpa de esa maldita crisis.







## LA MARCA

La marca que el licenciado Joaquín Hamlet de la Cruz lleva en el medio del pecho es indeleble. Cada mañana el espejo le devuelve su imagen. Ahí está, entre las tetillas, esa cicatriz rojiza que delinea una “M”.

Hace tres décadas era peón en una hacienda ganadera. El patrón disgustado por la lentitud de Joaquín al marcar las reses, tomó el hierro al rojo vivo y le imprimió en el pecho la “M” de su nombre y él de la finca: Maverick. El dolor lo arrojó al suelo del potrero; lo revolcó. Untó la herida con bosta de vaca. Maverick y sus hijos se rieron a carcajadas y lo obligaron a seguir trabajando.

Al día siguiente lo despidieron con el pago de jornal del día anterior.

Hoy es un día especial. 30 años después.

Se cierra el botón de la camisa azul. Encima le echa la corbata verde que tanto le gusta. Se enfunda el saco café y se encasqueta el sombrero. Toma el maletín, sale del hotel y le pide al chofer que lo lleve a la hacienda Maverick. Debe anunciarle al patrón que su finca y todos sus haberes pasan a manos de los trabajadores como indemnización por maltratos a los mismos e incumplimiento reiterado de las leyes laborales. Mientras atraviesa la propiedad observa el ganado herrado.



En la casona se encuentra frente a frente con Maverick. Lo mira a los ojos pero el hacendado no lo reconoce.

Le entrega el documento legal. Extrañado, el abogado de la Cruz no siente en sus labios el sabor de la venganza sino otro más fuerte, el de la justicia.

## MANO DURA

Desde el momento que Medardo Pérez cayó preso, empezó a maquinarse como haría para salir del hueco. Tenía que hacerlo rápido pues lo tenían provisionalmente en la PTJ y cuando lo pasaran a la cárcel la huída sería mucho difícil. La verdad que no había hecho nada, sino que la furia de la batida lo tomó desprevenido y como tenía antecedentes de delitos menores en su juventud, nadie creería en inocencia.

El apuro por salir era su hija Madyuelygiselle que ese día daría a luz por cesárea a su primer nieto y para él no era posible que ello ocurriese con el abuelo preso.

Una idea lo asaltó a mano armada y él la asumió. Pidió permiso para ir al servicio aduciendo urgencia digestiva. Se lo permitieron mientras lo vigilaban desde el buró. En el baño se desnudó y tal como vino al mundo salió del servicio y se dirigió a la puerta principal. El vigilante volteó la cara pues por machismo no podía mirar a un hombre en cuero y además pensó que Medardo se dirigía a su lugar de detención.

Medardo tuvo suerte de no encontrarse con ningún otro agente en su trayectoria y corrió tan pronto se vio en la calle. Sabía que debería atravesar la ciudad y que nadie lo llevaría en esas condiciones. Se hizo el loco desnudo en medio de las avenidas, hacía carantoñas y muecas a tutiplén,

y cuando un par de veces un policía quiso detenerlo se hizo entonces el loco furioso.

La extraña sensación del nudismo lo embriagó y casi se pasa el hospital. Lo cierto es que en la misma sala de maternidad la pequeña Madyuelygiselle – que tiene el mismo nombre de su madre – fue recibida por un abuelo igual que ella, en pelotas.





RELOJ

La señora que maneja el ascensor destartado, viejo y solo para cuatro personas, canta boleros para matar el tiempo. No lo hace bien pues su voz es cascada. Pero no importa. Para muchos es una distracción para escapar de la tensión de trasladarse en ese aparato.

El día que el ascensor se desprendió de los cables y cayó como un bólido, la señora estaba sola. Al pasar por los pisos, la escucharon cantar de prisa y a viva voz *Reloj no marques las horas / Porque mi vida se acaba...*



## COINCIDIR

La primera vez que se vieron fue inolvidable.

Él recorría la solitaria playa al atardecer y divisó una sombrilla. Al pasar cerca, la descubrió, junto a un rintero de revistas y bocadillos, con el busto descubierto aprovechando los últimos rayos solares.

Lo primero que él miró fueron sus senos exuberantes que ella cubrió al darse cuenta, y lo primero que ella vio fue la abultada trusa de él, parado frente a ella. Luego las miradas se encontraron, temerosas de prolongar la visión inicial. Él por temor ser acusado de acoso y ella de casquivana.

Él se disculpó torpemente e intentó hilvanar una conversación. Ella fue seca y esquiva. Esperaba a su marido, dijo, que pescaba en un velero.

La segunda, fue al día siguiente. Ambos se encontraron en los pasillos en una facultad de la universidad, y les costó un minuto descubrirse vestidos. A ella se le escapó decirle:

— Ayer en la playa y hoy aquí.

Él sintió que la coincidencia era una especie de señal del destino e insistió en invitarla a un café. Ella, a punto de aceptar le faltó valor y solo afirmó:

— Mejor otro día.

La tercera vez, dos días más tarde, fue en una iglesia casi solitaria, en la que nunca antes habían estado antes. Se encontraron en las penumbras del templo cuando uno salía y



el otro entraba. Se quedaron pasmados al toparse y reconocerse. Él la tomó del brazo y estremecido le dijo:

— Es el destino. Nos reúne. ¿Qué hacemos?

Soltándose, ella le ripostó quedadamente:

— Démonos una oportunidad más. Si el destino nos reúne de nuevo y pronto...

— ...Iremos a la cama a cogernos como locos — completó él, con voz temblorosa, — y luego hablaremos.

— Así sea — repostó ella, santiguándose con agua de la pila bautismal, y se fue.

Ambos rehuyeron los espacios de encuentros anteriores. Evitaron la playa, la universidad e iglesia y sitios aledaños para evitar verse. Recapacitaron que eran felizmente casados y con familia, y que lo sucedido no tenía sentido para sus vidas ya construidas, si bien, las imágenes no los abandonaban y formaban parte de sus fantasías íntimas.

La cuarta vez fue tres días después.

Ambos manejaban sus respectivos autos bajo un intenso aguacero. En una intersección ninguno vio el alto y se estrellaron de frente. Mientras escuchaban el ulular de la ambulancia que se acercaba, se descubrieron uno frente al otro atrapados entre los escombros, a través de una cortina de vidrios rotos y de la lluvia que decoloraba la sangre. Se sonrieron en la agonía. Revivieron en segundos sus mejores fantasías sexuales, hasta que la muerte los reunió al fin.





LAS MANOS

“Bien mirado: ¿Hay algo más sorprendente que el tener en el extremo del brazo estos curiosos órganos prensiles rojizos y plegables, las manos?”

EL MARQUÉS DE SADE

Cuando la quiromanta le vio la palma de la mano, frunció el ceño. Acercó aún más a la luz de la lámpara y le dijo:

— ¡Muchacho, como que no vas a vivir casi nada! Tu línea de la vida es la más corta que he visto. Mira, que casi ni se ve... ¡Oye!... ¡ESPERA!

Apesadumbrado el joven abandonó el local sin querer escuchar más. Mientras, en su cabeza le martillaban las palabras de la adivina.

Los días siguientes fueron muy difíciles para él. No podía concentrarse en nada de lo que hacía, pues sentía que sus días estaban contados. Pero tenía un plan.

Fue esa noche. Buscó la soledad del balcón de su casa. Abrió el envoltorio de la navaja de afeitar. Sostuvo la filosa hoja en el aire como para que absorbiera la luz de la luna. Extendió la mano en la cual había leído la quiromanta su destino; blandiendo en la otra mano la navaja, cortó profunda y largamente la palma siguiendo el camino de la línea de la vida.

Mientras miraba con algo de horror cómo se le iba la vida en ese chorro de sangre que manaba de la palma herida, se apresuró a tomar el teléfono inalámbrico y marcar el número de un servicio médico cercano. Lo recogerían rápidamente y lo curarían, pensó. Él explicaría que todo fue un accidente pero la cicatriz alargaría y profundizaría su línea de la vida.

No contó con un imprevisto. El teléfono estaba descompuesto, solo emitía extraños ruidos y suspiros.

Gritó, contando los preciosos minutos de vida, medidos por el tamaño del charco rojo. Nadie lo escuchó. Salió a la calle, tropezó los muebles a su paso, e intentó contener la sangre con un improvisado torniquete, pero sus vecinos se habían marchado al desfile de Carnaval. El barrio estaba prácticamente desierto.

Lo encontraron blanco como el papel, tendido en la acera sobre una alfombra roja.

Fue un entierro muy poco concurrido. Entre los asistentes estaba la quiromanta, enterada del trágico desenlace por una foto en el periódico. Se colocó de última en la fila. Al llegar al féretro, le musitó al oído del cadáver unas palabras, cuidándose que nadie la escuchara.

— Muchacho, te fuiste tan deprisa que no me dejaste terminar de explicarte. Tu línea del sol, tu línea de salud, tu línea de intuición, tu línea del corazón, tu cinturón de Venus y sobre todo, tu línea del destino, se conjugaban para hacer de tu aparente corta existencia, una larga y hermosa vida. Tú fuiste tu propia parca.

Las palabras de la adivina se hicieron sortilegios en el cadáver, mientras la herida de su mano exudaba los rojos hilillos de la muerte.

## TRENZAS Y TRENCILLAS

Lo vio en la película y le pareció cruel la costumbre medieval de determinar la inocencia o culpabilidad de una acusación. A los sospechosos de practicar la brujería se les aplicaban las ordalías de agua. Amarrados de pies y manos eran lanzados a un pozo de agua profunda. Si se ahogaban eran inocentes, pues era la prueba que no poseían poderes sobrenaturales. Si flotaban eran culpables, pues utilizaron la magia para lograr salvarse, por lo que se les condenaban irremisiblemente a la pena capital. Además del agua, existían ordalías peores como las del aceite hirviendo, el veneno y el fuego.

Helena García apagó el televisor desconectándolo del tomacorriente junto a su cama para no tener que pararse y alcanzar el botón del aparato. Se alisó el largo cabello y se acomodó en las almohadas, mirando la claridad de la luna llena a través de las goteras del techo.

— Mi vida es como una ordalía... pero de pura mierda — pensó en voz alta. Se sorprendió a sí misma al escuchar su voz. Era una mujer sola, casi vieja, pobre, chola y fea, sin educación, y ahora otra vez desempleada. Ganara o perdiera, su vida no cambiaba. Era como un ir cuesta abajo, donde el ocasional impulso hacia arriba o un escaso golpe de suerte, se convertía casi de una vez, nuevamente, en una

caída en picada. Es decir, estaba inmersa en una ordalía sin fin en la cual siempre perdía.

Un ejemplo era lo ocurrido ese mismo día, jueves. Otro hombre la abandonó, llevándose además parte de sus pocos bienes. Este la despojó del abanico y las dos únicas sillas del comedor. Gracias a que ella lo sorprendió, pudo salvar a punta de gritos y puntapiés, su objeto máspreciado, el televisor.

Había probado inútilmente todos los remedios, desde los rezos y los rosarios, los resguardos y los baños especiales, pero la mala suerte parecía caminar a su lado y tomarle de la mano como una hermana inseparable. Maldecía su suerte pero estaba decidida a no dejarse, y a luchar para cambiar esas malas vainas, que le azotaban la espalda sin tregua. Con estos pensamientos se durmió, roncando como una bendita.

Fue en esa noche que su cabello empezó a culebrear sobre la almohada, como si tuviera vida propia. Aunque pareciera increíble, así, sin mediar intervención humana alguna, los martes y viernes de cada semana, Helena García se despertaba con su largo cabello negro trenzado primorosamente. Por varios meses mantuvo el fenómeno en secreto. Luchó por contrarrestarlo de varias maneras que no funcionaron, pues aunque se cepillara, aplastara, pegara, amarrara, y alisara el cabello en la víspera de esos días, los moños se trenzaban misteriosamente cuando dormía.

Después tomó la decisión de hablar con personas de su confianza. Los vecinos y familiares le recomendaron el mejor curandero del país, especialista en los menesteres de deshacer entuertos diabólicos. “El Hombre” – como le decían al curandero – preparó el mejor de sus exorcismos

y el más eficaz de sus brebajes: una pócima de siete yerbas mezcladas con el polvo de una piedra hermética, recogida en viernes santo en la cima del cerro Takarkuna en el Darién. Eso tampoco funcionó, pues Helena amaneció el martes siguiente con sus trenzas, por lo que el Hombre afirmó: “Estos remedios sólo funcionan con gente bautizada y que no vivan en pecado.”

Helena era bautizada y hasta confirmada. De todas maneras, el cura, ante la insistencia de la mujer, aceptó rebautizarla por si las moscas, pues siempre existía la posibilidad de un error, o una mala administración del sacramento cuando éste fue aplicado la primera vez. No funcionó, por lo que quedó en evidencia que su problema era más bien de pecado, pues ya se corría el rumor que ella se amancebaba con Rigoberto González, el dueño del taller de electrónica, y que la aventura se inició cuando ella llevó su viejo televisor a reparar.

Rigoberto, algo más joven que Helena, era un solterón empedernido, poseedor del record de haber compartido su camastro instalado en la parte trasera del taller con las mujeres más buenas del barrio, sin que ninguna lo lograra amarrar a compromisos serios. Cuando los vieron muy juntos en la entrada del taller, la maestra Maritza, una de las despechadas, no vaciló en afirmar a sus amigas:

— Pobrecita, ella no sabe en lo que se metió. A ese hombre no lo casa ni lo caza, el mismísimo Belcebú. Persona culta, la maestra diferenciaba meticulosamente la ese de la zeta.

Claro que Helena conocía quien era Rigoberto, especialmente su fobia hacia el matrimonio, pero también sabía que



el técnico era el colmo de la superstición, por las historias de abusiones y espectros que contaba a sus clientes cuando esperaban por sus aparatos, sentados en banquitos debajo de un gran afiche de *Madona* en cueros.

Rigoberto sabía del secreto a voces de ella y aunque se sentía atemorizado por lo que acontecía dos veces la semana con el cabello de Helena, le atraía la sensualidad de la mujer que, aunque poco agraciada de cara, sí sabía mover rumbosamente sus caderas anchas y prometedoras.

Un jueves en la noche la invitó al taller con el pretexto de entregarle el televisor reparado. La arrinconó entre un componente *National* y un televisor *Sony*, a punta de besos. Mientras le hablaba de la nueva pantalla de treinta pulgadas, la arrastró al camastro y la estremeció con su virilidad que Helena recibió con los arábigos movimientos de la danza del vientre. Al amparo de la noche se trasladaron por comodidad a la cama de Helena y siguieron la fiesta.

Rigoberto amaneció el viernes encamado con Helena y al abrir los ojos, descubrió no sólo el pelo trenzado, sino además varias moñas en los vellos íntimos de ella. El mismo descubrió – horrorizado – dos trencillas perfectamente elaboradas, arriba de cada uno de sus testículos.

\*

— Al que no entiende el mensaje del Maligno, de seguro él se lo lleva por bruto — aseguró el Hombre, blanqueando los ojos. El cura coincidió con el curandero en que el demonio, por algún oscuro designio, quería que Rigoberto se casara con Helena so pena de males mayores y peores.

Rigoberto aterrorizado, no sabía que hacer, tensionado

entre su sagrada soltería y la superstición. Presionado por los acontecimientos, y por las pláticas del cura y del Hombre — cada uno por su lado —, Rigoberto decidió que era hora de salir de la vida de pecado, y por si acaso, no quedar mal con el demonio.

Luego de firmado el contrato civil como la ley manda, la capilla de barrio fue el escenario de una ceremonia apresurada, pero muy concurrida, donde ambos por primera vez, se unieron en matrimonio como Dios manda. Afuera del templo los esperaba el Hombre, en el centro de la cancha de baloncesto, quien los ungió con su menjurje infalible, con aspavientos, retorcijones y gesticulaciones, en medio del regocijo de la chiquillería.

A partir de ese momento el demonio dejó de hacer de las suyas. Cabellos y vellos de la pareja amanecieron todos los días de la semana con sólo el desorden natural que produce la cama, y el buen sexo.

Ahora Helena se pasea cada tarde por las calles, prensada oronda del brazo de su marido, con una sonrisa de satisfacción de oreja a oreja. Ha cambiado su aspecto, luce largas trenzas que hilvanan su cabello.

— ¡Ahora no es diablo, soy yo la que me trenzo! ¡Y me gusta! — exclama, y enseña a todo el mundo su anillo de casada, y a los que visitan la casa, el certificado matrimonial enmarcado en dorado instalado en la pared justo al lado de un televisor nuevo de treinta pulgadas.

(Algunos malpensados no se cansan de murmurar que, en realidad la misma Helena García era el demonio que trenzaba sus cabellos dos noches por semana, pues de otra manera, el solterón de Rigoberto González no hubiera caído jamás en sus redes... .)







## CALENDARIO

Ella sólo. Los vecinos de vacaciones. El marido trabaja horas extras. Su única forma de comunicación es el teléfono. No existe otra forma de avisar a alguien si el parto se avecina, aunque todavía no es tiempo.

Faltan semanas para el advenimiento del bebé. No hay nada que temer. El doctor le ha vaticinado otras fechas como probables para la venida de su primogénito. Tranquila. No hay nada que temer. Hoy no será.

Toma una revista y la hojea. La deja y pone música. Empieza a sentir una sensación como de ganas de hacer servicio. Se levanta y va al baño. Una pequeña corriente de agua brota de entre sus piernas. Alarmada, se limpia. Observa el papel higiénico. Es una especie de espuma y mocos. Se alarma. Seguramente es el famoso tapón que cubre la entrada de la placenta. “Es hora de llamar al médico y a Luís,” dice para sí.

Toma el teléfono y marca, intenta mantener la calma. Todos los números están ocupados. Un charquito de agua que se forma bajo sus pies, moja la alfombra.

Vuelve a intentar las llamadas.

Consigue conectarse con la clínica y allí con su doctor. Le dice con voz entrecortada:

— Doctor, el parto es inminente.

Silencio del otro lado de la línea. Inexplicablemente el galeno le responde con una risotada, que aumenta en la medida que ella le detalla su difícil situación.

Cuelga irritada y extrañada. Llama a su esposo. Se repite la historia, solo que la risa de su cónyuge es más incontinente que la del médico, sobreviniéndole un ataque de tos, luego del cual se despidió:

— Está bien amor, pero ahora no me distraigas más que tengo que trabajar.

Las contracciones empiezan a doler. Toma unos almohadones del sofá, los coloca en el piso y se acuesta. Llena los pulmones de aire. Puja. Las contracciones son más seguidas. Jadea. Puja. Jadea. Puja. Se toca la vagina. Siente la cabeza húmeda del niño asomándose de su mundo acuoso e intrauterino.

Alcanza otra vez el teléfono. Con dificultad intenta marcar los números de su mamá, sus hermanas, los bomberos, la policía pero el aparato no le da tono. Siente que se va a volver loca, prefiere no pensar. Se concentra solo en el parto. Puja y jadea. Puja y jadea. Siente como que va a obrar. Se le sale todo. El dolor es irresistible. Debe pujar con toda su alma. Es lo único que puede calmar la presión que siente. Respira tomando impulso. Se agarra de las patas de los muebles y puja con toda su humanidad, sostenidamente, tercamente, hasta que ya no tiene fuerzas ni aire en sus pulmones... ¡Qué alivio!... La criatura salió. ¡Sucedió!

Está vivo y llora espontáneamente. Amarra el cordón umbilical con una tira de cortina. Arrastrándose, alcanza la navaja de afeitar del costurero que está sobre el sofá. Lo esteriliza con un poco de alcohol que encuentra en el mismo

lugar. Corta con el filoso instrumento el pedazo de carne rojiza. Acurruca al pequeño junto a sí y lo mira extasiada.

La sorprenden pequeñas contracciones. Puja fuerte y sale la placenta. Se sobresalta, al encender el televisor sin querer, al tocar el control remoto con el pie. Lo deja funcionando para sentirse acompañada. Por la pantalla pasan los comerciales del mejor pollo frito del mundo, y la pasta dental que cura todas las caries en segundos. Abraza al niño y lo cubre con su camión. Es varón, es hermoso.

Viene el noticiero. Aparece una noticia de última hora: el Presidente de la República renuncia y se marcha a vivir a Hawai. Ella con su crío abrazado se sorprende por la noticia. Se la escucha al unísono en la radio de un busito que pasa frente a la casa. Le extraña que los pasajeros se rían a carcajadas al escuchar la información. Ella grita por auxilio, pero el estruendo tapa su voz y el llanto del niño. Intenta darle de mamar pero no sale leche. Consigue exprimir unas gotas de un líquido amarillento que brota de sus senos y el niño se calma.

Ella alarga la mano y encuentra el periódico que Luis compró ante de irse en la mañana. Lee el titular de ocho columnas: *La Oficina Meteorológica de la Autoridad del Canal de Panamá informa que, como producto del fenómeno de La Niña, se dan condiciones adecuadas para recibir la primera nevada de la historia del país.*

— No puede ser. ¡Qué está pasando! — exclama.

Entonces es cuando cae en cuenta, pues cuando mira en el calendario que cuelga de la pared la fecha de hoy, que corrobora con la fecha lo que dice el periódico, comprende esa aparente charada sin sentido: hoy es 28 de diciembre.



Recuerda una a una, las vaciladas y bromas pesadas de las cuales se vanagloriaba haber realizado cada año en esta fecha. La vez cuando puso a correr a Miguel, hoy su doctor, para atender una supuesta víctima de un accidente tirada en la calle. Era solo un trozo de res que ella había comprado en la carnicería. Cuando su mamá se presentó en una estación de televisión reclamando un fabuloso premio que no existía. Cuando Luis encontró en su escritorio un arbolito navideño lleno de condones inflados como globos, que lo convirtió por largo rato en el hazmerreír de sus compañeros de trabajo.

Empieza a reír mientras escucha en lontananza el ruido del motor del carro de su marido, que se aproxima y se aparca frente a la casa.

Mira y remira al recién nacido, ese rosado ovillo musgoso que tiene entre los brazos, y le susurra dándole un beso:

— Y tú, ya no te llamarás Luis, sino Inocente. Le da de mamar otra vez y ríe al imaginar la cara que pondrá el progenitor, que en ese momento hace girar la llave y abre la puerta de la casa.

## LAS LEÓNIDAS

No sólo los pacientes se alojan en un hospital público. Aparte de los médicos y enfermeras de turno, están presentes los parientes o amistades que se desvelan para acompañar y cuidar el enfermo noche y día. En las noches despejadas, el parquecito situado en las afueras del nosocomio recibe a estas personas, especialmente cuando los pacientes que atienden, duermen tranquilamente o ellos esperan por relevar a otros acompañantes. El sueño hace sucumbir a algunos sobre las bancas frías o incluso recostar en las palmeras. Otros no duermen; platican o sueñan de cara al cielo.

Esa noche – la conversación de los despiertos giraba sobre el tema eterno, la enfermedad – una mujer avejentada que cuidaba a un hijo en la sala de quemados exclamó a viva voz “¡Una estrella fugaz!” y señaló hacia lo alto. Casi al unísono rebotó la voz del joven que velaba por su hermano víctima del sida en el área de infectología, “¡Pida un deseo!”, cosa que la mujer hizo musitándolo como si fuera una letanía.

El resto sintió una leve envidia, pues sus vidas estaban llenas de necesidades y precariedades que los agobiaban. Eran en su mayoría pobres, acosados por enfermedades ajenas que afectaban sus propias vidas. Hicieron silencio. Rastrearón la oscura bóveda a ver si aparecía otra ralladura luminosa donde depositar sus deseos salvadores. Pero no,

no sucedía y la conversación interrumpida no encendía otra vez sus fuegos. Cada uno miraba y remiraba los espacios entre las nubes, inútilmente.

De pronto cinco estrellas fugaces dibujaron crucigramas en el firmamento. Los murmullos de las peticiones se escucharon, pero sucedió lo inesperado: se desató un diluvio de cien mil bólidos rasantes y estrellas fugaces que inundaron el cielo en las siguientes horas. Y mientras las leónidas, estrellas fugaces causadas por pequeñas partículas de polvo que se desintegran en contacto con la atmósfera terrestre desprendidas del cometa Tempel-Tuttle que daba su vuelta al sol de cada 33 años, ofrecían este panorama espectacular, los que estaban en el parquecito convocaron a los enfermos que podían moverse, y a otros los arrastraron en sus camillas y sillas de ruedas, y con médicos y enfermeras de ese hospital feo y mal equipado se dieron un atracón de deseos como nunca antes.

No se supo si esos deseos se cumplieron. Pero muchos pacientes mejoraron su salud gracias al revoloteo de endorfinas en sus cuerpos mientras que otros fallecieron de buena muerte, amparado por un amistoso firmamento donde escampaba el luminoso aguacero.